

HERALDO DE MURCIA

Año II.—Número 246

Murcia 6 de Enero de 1899

Dos ediciones diarias

LA DENTICION DE LOS NIÑOS

SE FACILITA GRANDEMENTE ADMINISTRÁNDOLES LA

DENTICINA-MORENO

LA DENTICINA-MORENO, es un excelente remedio para combatir todas las afecciones del estómago y vientre en los niños. **LA DENTICINA-MORENO** es un hercólico remedio para combatir todos los accidentes peligrosos de la dentición. Es tan agradable al paladar como la leche, razón por la que, los niños la toman con verdadero placer. **LA DENTICINA-MORENO** cura los vómitos y diarreas; facilita el brote y desarrollo de los dientes; evita el picor de las encías, haciendo reaparecer la baba; suprime la fiebre (calentura); combat los ataques de alperreca y en general todos los accidentes que lleva consigo el periodo de la dentición.

LA DENTICINA-MORENO NUTRE Y FORTIFICA a los niños, permitiendo el uso de la misma una alimentación reparadora, que sin este eficaz medicamento no podrían soportarla los estómagos debilitados. — Para su administración sujetarse a la instrucción que acompaña a cada frasco. — Como garantía, exigir mi firma y rúbrica en las etiquetas y gargantillos de los frascos. — Se halla de venta en la Farmacia de su autor, J. MORENO LOPEZ, PLAZA DE CAMACHO, NUMERO 26, MURCIA.

PRECIO DEL FRASCO, 6 REALES

De venta en la farmacia de su autor J. Moreno, Plaza de Camacho, núm. 26, Murcia. — Cartagena: Droguerías de D. Antonio Gomez, Puerta de Murcia, 26, y de D. Gregorio Briones, Duque 24. — La Unión: Farmacias de D. Francisco Asensio, D. Tomás Asensio Galvan, D. Diego Pedreño y Sra. Viuda de Paz y Droguería de D. Pedro Bernabé. — Garbanzal: D. Manuel Asensio Estrella. — Llano del Beal: D. José Ruipérez Carrion. — Mazarrón: Farmacia del Sr. Oliva. — Aguilas: Farmacia de D. J. Aragon. — Yecla: Farmacia de D. Modesto Maestre. — Jumilla: Farmacia de D. Juan Guillen. — Cieza: Farmacia del Sr. Mérica. — Mula: Farmacia del Sr. Garcia Duarte. — Bullas: D. Bernardo Moya. — Archena: Droguería de D. José Sanchez. — Alcántarilla: Farmacia del Sr. López Calahorra. — Molina: D. Antonio Gil. — Ceuti: D. Isidoro Laca. — Lorquí: Droguería del señor Ruiz. — Balsicas: D. José Briones. — San Javier: D. Antonio Conesa. — Pacheco: Sres. Bastida Hermanos. — Alicante: Droguería de los Sres. Piñol Hermanos, Princesa 8. — Orihuela: Farmacia del Vallét. — Torreveija: Droguería de D. Fermin Blasco. — Almoradí: Farmacia de D. Ricardo Herrera. — Albaterra: D. José Soler.

EL DICTADOR

Ante él, se llenaron de regocijo los buenos y temblaron los malos.

La patria se encontraba en la más espantosa miseria; el Tesoro público, exhausto; su papel, sin crédito; todas sus rentas, embargadas; sus propios, vendidos; todo lo que es fuente de riqueza y producción, explotado por empresas extranjeras; un vergonzoso corte de cuentas la amenazaba y una intervención de naciones extranjeras llamaba a las puertas de la frontera. El Dictador hizo comparecer ante su presencia a todos los malversadores de la hacienda y de la riqueza pública. Los Caines se llenaron de terror, pero como no había medio de ocultar la verdad, la declararon desnuda, como la tenían escrita en sus conciencias. ¡Dios santo, qué de atrocidades se escucharon en boca de Ministros, altos funcionarios, Directores Generales, Inspectores, Delegados, Alcaldes, y hasta escritores, porteros y alguaciles de todo linaje de oficinas administrativas del país!

Restituid, restituid, contestó el Dictador, ó la horca. Eligió. Hubo quien eligió lo primero; pero también hubo muchos que eligieron lo segundo confiados en que poderosas influencias los salvarían; pero fueron ahorcados sin compasión; y sus influyentes, recomendados para el verdugo, porque para el Dictador constituía un horrendo delito de lesa patria la influencia en favor del delito.

La patria se encontraba sin administración de justicia. Sin castigo, el crimen. Sin premio, la virtud. Sin garantías, el derecho. Todo falseado; todo podrido; todos los sistemas desprestigiados; sin carácter ni conciencia, los jueces; y sin fe ni conciencia, el pueblo. El Dictador hizo comparecer a todos ante su presencia; y, señalando al verdugo les dijo: Desde hoy yo seré el supremo Juez de vosotros; y ese mi ejecutor; ejercer vuestra función, la más interesante para la vida de la patria. ¡Desventurado de aquel que atente contra tan preciosa vida!

En la patria todo se vendía, todo se compraba, todo se falsificaba. Falsificadores y viles mercaderes eran los funcionarios retribuidos, los cuales traicionaban a la patria que les pagaba, vendiendo sus secretos, sus rentas, su territorio, su sangre, su vida, por cualquier precio y a cualquiera, aunque fuera a extranjeros y enemigos jurados por raza y por historia, del país. Falsificadores y viles mercaderes eran los funcionarios honoríficos y gratuitos, cuyo honor vendían extendiendo padrones de ignominia para la patria, y cuya gratuidad se hacían pagar a peso de oro en nóminas secretas cometiéndolos más repugnantes cohechos a la sombra de su inmunidad y valimiento. Falsificadores y viles mercaderes eran las clases todas de la patria, las altas y las bajas, las ilustradas y las ignorantes; hasta las que ostentaban títulos del saber en las diferentes carreras facultativas habíanse depravado hasta descender al último y más repugnante grado del bandidaje y la barbarie. Por despreciables cantidades se vendía la verdad científica, se certificaba del error, triunfando así el robo y el pillaje, en construcciones públicas, en expedientes judiciales donde se ventilaba la justicia y el derecho, en presupuestos y cuentas afectos a las distintas entidades públicas del país, donde se consumaban y justificaban legal-

mente los robos más escandalosos; en revisiones de quintas, donde se perpetraba una verdadera y repugnante *trata de blancos*; en asuntos administrativos; en toda clase de negocios ya públicos ya privados, se encontraba siempre un técnico dispuesto a servir de instrumento vil a la falsedad, manchando así su noble investidura y la santa fe que, al conceder un título, deposita en la persona la patria. Cómplice de tales falsificadores y mercaderes era también el pueblo, que compraba, que consentía, que influía, que encubría, que respetaba y hasta que adoraba a tales depravadores y asesinos de la patria, siendo responsable como ellos ante Dios y ante la historia de tales crímenes.

El Dictador, como en un supremo juicio universal, hizo que todos comparecieran ante su presencia, y les manifestó que la hora de la justicia había sonado ya. Con voz de tempestad, con faz de cielo airado en noche terrible, semejante a aquella que llenó la inmensidad del espacio al promulgarse la ley divina sobre la cumbre del Sinai, les habló el Dictador. Sus fallos habían de ser inapelables como los de Dios, terribles como la muerte, fatales como el destino.

¡Ah! España, adorada patria, si el cuadro triste y desgarrador trazado en este artefacto coincide con el tuyo, ¡cuánta falta te hace un Dictador así! ¿Ha nacido? ¿nacera? Tengamos fe en la Providencia divina, que no puede consentir, patria mía, tu muerte. Ella señala muy pronto consudado infinito el día venturoso en que han de tener término, tanto crimen, tanta desventura, tanto llanto, tantas amarguras como pesan sobre ti.

F. Perez Cervera.

SEIS DE ENERO

A mi hermano Celso.

Del magnífico hotel, frente por frente, por mesa y banco, la euforada acera, comían padre e hijo; un obrero de rostro inteligente y un ángel de rizosa cabellera.

Oye papá, le dijo el obrero, mirándole curioso, el triste querubín llevo de harapos, ¡el chico de esa casa es tan dichoso!

Viviendo en un palacio tan hermoso no lo olvidan jamás los Santos Reyes, y a mí, porque me visten sucios trapos me dan siempre al olvido.

A mí nunca un juguete me han traído, para luego llevarselos a miles a aquellos que a montones siempre los han tenido.

¿Es que, acaso, no tienen Santos Reyes los hijos de los pobres albañiles?

Surcaron dos ardientes lagrimones las tostadas mejillas del obrero y dijo con voz sorda:

Tristes leyes que el cielo ha establecido, existen en la tierra, angel querido.

Al de arriba, le da siempre el dinero con la fuerza, el placer y los honores; al infeliz obrero, al que sufre, a aquel que está debajo, le guarda los pesares, los dolores.

El desprecio, que nace del trabajo, le acompaña por siempre en su carrera; es la pitruña humana, que se arroja en la cárcel de la fier, si de rugidos el espacio inunda.

Por eso, hijo adorado,

tú fuistes de los Reyes olvidado por siempre el sal de Ruero. Por soberanas leyes, del hijo del obrero, no se acuerdan jamás los Santos Reyes.

Angusto Vivero

DESGRACIAS

Primero fué una nube de humo blanco; del fondo de la nube surgió después una tromba de entrañas abrasadas, y a muy poco el incendio parecía, en medio de la noche clara y azul, la llama poderosa de gigante lámpara que iluminaba con fulgores rojos la pálida luz de las estrellas.

Como lo que arde era el palacio de unos condes, tardó muy poco en correr la desgracia de boca en boca, y al poco tiempo de empezar el fuego, ya la población en masa se agolpaba en las calles y plazas próximas.

Haciendo esfuerzos sobrehumanos, desafiando la muerte al querer luchar cuerpo a cuerpo con las potentes llamas, tostándose la carne al cruzar por las abrasadas vigas, los héroes de siempre, los bomberos, consiguieron, ya que no dominar el incendio, salvar a las personas de la casa entre aplausos y vitores del pueblo, que, devorando con la vista ventanas y balcones, cada vez que veía entre los brazos de un héroe nuevo algo que no podía decirse de pronto si era cuerpo de hombre ó de mujer, prorumpía en rugidos de entusiasmo.

Y estaba la gente satisfecha pensando en que, por grandes que las pérdidas materiales fueran, nada había ya que temer, ni desgracia, al fin, de que dolerle, ya que las personas se habían salvado todas, cuando de pronto, una mujer, volviendo del letargo en que estaba desmayada: — ¡Mi hija! — gritó desde la calle, clavándose las manos en las sienes, con una voz de espanto, de esas que parecen que rompen las entrañas.

Un ruido inmenso, como si el mar infinito se quejara, contestó al punto, como un solo grito, a la angustiada voz. Hasta los que cerca del incendio huían del calor, que ya no se podía resistir sintieron algo así como un chorro de hielo por la espalda.

— ¡Salvada! ¡Salvada! — gritaron mil voces después. Pero ¿quien iba a salvarla, si ya el palacio era el brasero de un montón de llamas?

Pues, cuando oyó aquel grito, Juan, pensando en un hijo a quien quería con locura, como quieren a sus hijos los padres, cojiéndose a los hierros encendidos de una reja, trepó a un balcón enarbolando el hacha, y se hundió en aquellas olas de fuego apartando las llamas con las manos, mientras que, presa de una angustia mortal, lo miraba la gente de la calle, con ese horror indefinible y mudo que agranda los ojos y hace brotar la sangre de las venas y aprieta la garganta con nudos de hierro.

Pasaron muchos siglos en dos minutos.

— ¡No se ve!... — ¡Tarda mucho!... — ¡No es posible!... — ¡Morirá!... — ¡Cuanto tardará!... — ¡Qué es aquello?... — ¡Aquella sombra, aquella sombra, que se ha movido ahora!... — ¡Es él! — ¡Pronto!... — ¡Salvados, Virgen Santa! — ¡Al fin! ¡Ya se han salvado!

Se han salvado; nunca se han llorado tantas lágrimas de alegría en una noche sola.

Curaron al buen Juan las heridas,

lo llevaron entre amigos y extraños a su casa, y después de abrazar a su mujer y a su hijo, aunque le atormentaba cruelmente el dolor de aquellas llamas malditas, se durmió al fin, y fué feliz soñando, el pobre, que a su hijo en un incendio lo salvaban.

II

Ha muerto el buen Juan. No de aquello, por supuesto; después de mucho tiempo y de una enfermedad que nada tiene que ver con aquellas quemaduras. Su mujer ha muerto también, y ¡claro! el chico anda por esas calles pidiendo limosna, hasta que le llegue el tiempo de ser hombre, si trabaja.

Ayer, sin conocer aquella niña, a la cual su padre salvó de aquellas llamas aquel día, niña que por cierto es una mujer hermosa que tiene cohechos y luce joyas riquísimas, se acercó a pedirle una limosna y le rozó la falda al tender la mano, y dijo ella apartándose con asco:

— ¡Cuanto pobre! ¡Que gente más pesada!

Marcial de los Ríos

Ilustres disparates

Los más ilustres autores, los más populares, han incurrido con frecuencia en ciertos defectillos y podría formarse un volumen muy curioso con sólo coleccionar las... rarezas estampadas por conocidísimos novelistas. El celeberrimo Ponson du Terrail soltó algunas que se han hecho legendarias. «Nosotros, caballeros de la Edad Media», dice muy formalmente uno de sus héroes que vive en pleno siglo xv y prevé la denominación que los historiadores han de dar a su época.

— Esta otra es también exquisita: ¡Ah! exclamó el vizeconde en por tugues!...

— Uno de los autores contemporáneos más leídos, suelta la siguiente: «El implacable vengador contempló a su víctima con la misma cruel sonrisa con que el cocodrilo debe contemplar a la presa que cae en sus garras.» Hasta ahora solo habíamos oído decir que el temible monstruo vertía lágrimas después de devorar a su presa; pero que sonriese antes, no lo sospechábamos siquiera. Se trata quizás de una nueva especie descubierta por el aplaudido escritor.

Creo que es del mismo escritor la siguiente expresiva escena: Un joven pobre, pero honrado, escucha de labios de un hombre poderoso, pero truhanesco, una proposición que, si puede serle beneficiosa pecuniariamente considerada, resulta denigrante para su honradez. El tentador recibe, en vez del sí esperado, un tremendo paraguazo en la cabeza. Y añade el novelista: «De un solo golpe y a un mismo tiempo el joven acababa echando a perder su porvenir y su paraguas.»

Ni el mismo Damas, el gran Damas, se salva de esos tropezones: tiene a veces imágenes y comparaciones terribles. Como ésta, en que hablando de la facilidad con que ciertos seres débiles se acostumbran a la idea y a la inminencia del peligro dice: «Como se acostumbran también los niños a la presencia del león dormido.» No sé en que país existirá esa costumbre de poner a las criaturas cerca de los leones dormidos. Como no sea en las colecciones de fieras...

Hace muy pocos días, leyendo una novela que publica en folletín uno de los primeros periódicos parisienses, encontré esta joya:

«¡Ah! ¡quien podrá negar que el corazón femenino encierra también sus secretos!...»
¡Jesús!... ¡y que penetración tan estupenda de del escritor!

Un antepasado de Mac-Kinley

Ahora que los gobiernos inglés y americano extreman sus protestas de cariño y de amistad, ocúrresele a «La Patrie» exhumar un hecho curioso que titula «Pequeñas ironías de la vida», y que se refiere a la familia del presidente Mac-Kinley.

Copiamos literalmente: «Hace cien años, esto es, en 1798, los vecinos del pequeño pueblo de Derrikeighan, en Irlanda, acudían a presenciar la ejecución de un pobre diablo cuyo delito era el haberse declarado enemigo de la dominación inglesa.

El ahorcado llamábase Francisco Mac-Kinley y dejaba siete hijos, dos niños y cinco niñas.

Uno de los descendientes varones de Mac-Kinley participaba de las ideas de su padre y quería la libertad de Irlanda. Perseguido por la justicia, tuvo que refugiarse en América, donde se hallaba expatriado desde hacía algunos años su tío Guillermo Mac-Kinley.

Este fué el abuelo del actual presidente de la República americana, quien, como puede notarse, es descendiente de una víctima del poder real de la Gran Bretaña.

Es decir, que hoy sería posible que Guillermo Mac-Kinley firmara un tratado, con la reina Victoria, mientras que allá en el fondo de Irlanda la misera vivienda de sus antepasados permanece aún bajo el dominio de Inglaterra.

La cria de aves

Muy pronto se va a establecer en Vizcaya una nueva industria.

Un coticoito comerciante e industrial ha adquirido un caserío con amplios terrenos, en los que piensa dedicarse a la cria de aves.

En el caserío citado se han de criar, según el proyecto del industrial, 40.000 pollos de las mejores razas conocidas y que mejor se acomoden a las condiciones climatológicas de la provincia citada.

Ya han empezado las obras para construcción de corrales, separación de las diferentes especies, cuarto especial de incubadoras, y todo, en fin, cuanto se necesita para la nueva industria, y para ello se copian las principales prescripciones recomendadas para la cria y engorde de aves por las principales tratadistas.

La nueva industria, sin explotar en dicha región, es indudable proporcionará gran comodidad y baratura en el mercado, en donde dentro de poco habrá aves en abundancia, lo cual no sucede ahora.

El recargo de 40 por 100

«El Porvenir Vasco», de Bilbao, dice que ya es hora de que se abandone el manoseado tema de Cuba, puesto que ya se ha llegado al final del espantoso calvario, y se piense en la Patria que nos queda — la que pisamos — y en mejorar su estado lo posible.

